

INVENCIBLE, SECRETOS DESCUBIERTOS

GBS Security – Los agentes



INVENCIBLE

Secretos descubiertos

**SERIE GBS SECURITY
LOS AGENTES**

CLARA H. VIAL

Título original: **INVENCIBLE**
Secretos descubiertos
GBS SECURITY: LOS AGENTES

Edición 2025
ISBN: 978-956-420-902-9

©CLARA H. VIAL
Maquetación: Clara H. Vial

Ediciones Letras del Alma

Diseño portada: M.ª José Ruano
Corrección: Noelia Jiménez Moyano

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.



Nota de la autora:

Esta obra aborda temáticas que podrían resultar sensibles o desencadenantes para ciertos lectores.

Se representa el trastorno de estrés postraumático (TEPT), manifestado a través de episodios de pánico y cambios súbitos de humor, abordado mediante terapia EMDR. Asimismo, se explora el trastorno del espectro autista (TEA) a través de personajes secundarios, familiares de uno de los protagonistas.

La narrativa también incluye una escena con representación de *Shibari* y, si bien no se describe con detalle, se introducen conceptos asociados al BDSM.

He procurado tratar todos estos temas con el máximo respeto y sensibilidad; no obstante, aconsejo discreción antes de comenzar la lectura.

Clara.

*La verdadera valentía no es
salvarse, sino quedarse y
confiar.*

CAPÍTULO 1

Grant

Las finas cuerdas de yute negro dejaron hermosos patrones en sus muñecas; había tirado de las amarras hasta dejarlas marcadas en su piel.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí. —Respiró profundamente, con los brazos sobre la cabeza, las manos atadas al respaldo de la cama y una sonrisa de oreja a oreja. Sus movimientos eran limitados. Solo podía arquear la espalda, mover la cabeza y llenar de aire sus pulmones.

Cada encuentro era más intenso que el anterior. El deleite y la excitación al cerrar cada nudo; su hermoso rostro lleno de éxtasis cuando la privaba de control y cuando lo único que podía hacer era buscarme con la cabeza y salir a mi encuentro con las caderas.

Me levanté, cogí mi bóxer, y caminé hasta el baño. Agarré uno de los paños de algodón egipcio que tenía especialmente para ella y, después de humedecerlo en agua tibia, cogí una toalla y ungüento para las quemaduras

provocadas por la fricción; que llevara mangas largas ayudaría a esconderlas.

Me miró, su cabello castaño adornaba la almohada y sus ojos hambrientos veían con desilusión que pretendía hacerme cargo de ella.

—No es necesario —protestó como siempre; yo adoraba atender sus heridas y recoger las piezas para ponerlas en su lugar.

—No es opcional, amor.

—Grant —cerró los ojos y negó con la cabeza.

—¿Cómo me llamaste? —gruñí; se mordió el labio.

—Señor? —susurró, y dejó salir una carcajada.

—Mucho mejor.

—Qué hora es, señor? —insistió, guiñándome un ojo.

—Temprano.

—Por favor. —Contuvo el aliento cuando movió la mano derecha—. Tengo que estar a las siete en la oficina, voy a tener problemas... no terminé con el informe.

—Es temprano todavía.

Comencé con el nudo mariposa de su tobillo derecho. Apretó los dientes; el

ungüento brillaba, dejando en evidencia cada marca.

—Debería... Mmm...

—¿Sí? —Levanté una ceja. Odiaba que dejara las frases a medias, odiaba, aún más, que hubiera secretos entre nosotros.

—Nada —negó con la cabeza y desvió la mirada, se enfocó en la luz que se colaba por la ventana.

Besé sus muñecas y después sus labios antes de liberarla. Se sentó y con los dedos se acomodó el cabello. Los rizos castaños caían en cascada por sus hombros. Solía llevarlo amarrado como si fuera un estorbo; sin embargo, era imposible que fuera tan exuberante sin ningún cuidado.

Me senté en el centro de la cama y la observé. Se sentía cómoda en su propia piel, desnuda bajo los tímidos rayos de luz de la luna, buscaba las prendas que tiramos sin cuidado cuando iniciamos la escena antes de llegar a la habitación.

—¿Mi tanga? —preguntó levantando una ceja.

—¿Estás segura de que buscaste en todas partes?

—Tú y tus fetiches —resopló con una sonrisa socarrona.

—Son graves acusaciones, agente Morgan, ¿tiene pruebas?

—No tengo tiempo para estupideces, Grant. El juego es divertido, pero termina en cuanto uno de nosotros sale de la cama. ¿Lo olvidas?

—No, amor, jamás. —Me levanté y, antes de que pudiera detenerme, la cogí por la espalda y la apreté contra mi pecho. Hundí mi nariz en la base de su cuello y mordisqueé el borde de su oreja—. Siempre podemos arreglarlo... Podríamos agregar... tú sabes... convertir esta noche en algo, incluso, más interesante, conozco un truco...

—Conozco tus trucos —reclamó; apoyó la cabeza en mí y con los labios recorrió sus hombros.

—Tengo que irme, en serio —insistió, cuando mis manos acariciaron sus pechos—. Grant...

La hice girar y cuando estuvo frente a mí, cogí su rostro y me apoderé de su boca, mordisqueé su labio inferior y profundicé el beso hasta que oí sus gemidos.

—Ahí —indiqué dónde estaba su tanga—, a menos que...

—Te voy a mandar el ticket de mi próxima compra en la tienda de lencería —dijo con una sonrisa.

—Estaré gustoso de pagarla —agregué y volví a mi lugar para deleitarme con la vista.

Entró al baño y cerró tras ella. El agua del grifo corría libremente y, a pesar de que no cerró la cerradura, sabía que debía dejarla. A pesar de todo, lo nuestro era un paréntesis en un mundo agitado, una parada de descompresión, un momento para respirar aire fresco en medio de nuestras estresantes vidas.

—Debo irme —dijo, prácticamente, sin expresión.

Terminó de vestirse y, antes de ponerse la chaqueta, aseguró su *Glock* en la funda. Revisó el móvil, cogió su placa y salió. Me hundí en la cama, apoyé la cabeza en mi brazo y cerré los ojos. Como siempre, su esencia había quedado en las sábanas. Me recordaba una noche cargada de mucho más que el intenso erotismo del arte de las cuerdas. Lo que experimentábamos eran intensas dosis de endorfinas y adrenalina. La euforia en la entrega, la confianza y la pasión envolvían nuestras noches de juego.

La diversión comenzó el día en que nuestros mundos colapsaron. Nos reconocimos al instante, ella supo lo que podía entregarle; yo, lo que necesitaba. Simples nudos con forma de mariposa escalaron hasta convertirse en complejos amarres de suspensión.

Revisé mi teléfono, no tenía nuevos mensajes. El último había sido suyo preguntando por el número de habitación.

Lo nuestro no tenía nombre ni forma, pero teníamos tres reglas. Uno: nos entregábamos por completo a nuestro rol en la cama; todo volvía a lo normal fuera de ella. Dos: las únicas ataduras eran las cuerdas. Tres: nadie podía saberlo.

Para cumplir con la primera regla, la comunicación era esencial, aseguraba su bienestar y satisfacción, fortalecía el vínculo y amplificaba la experiencia. La segunda no era tan sencilla. Me costaba desatarla y, cuidar de ella, me hacía sentir que tenía un propósito; tenerla a mi merced no se trataba solo de placer. La tercera, sin embargo, era con la que había que tener más cuidado. Su trabajo y el mío se cruzaban a menudo. Algunos de mis colegas la conocían, incluso, habían trabajado con ella. Una mirada con la

expresión incorrecta sería suficiente como para delatarnos.

Cogí el vaso de agua que tenía en la mesa de noche y me lo bebí en un solo trago. Después de darme una ducha, recogí mis cuerdas, guardé los implementos y salí de la habitación. Había pagado la cuenta por adelantado; como era rutina, me subí al coche y conduje hasta el edificio de GBS.

Eran casi las cuatro de la mañana, muy tarde para dormir; demasiado temprano para ir al gimnasio y comenzar el día. Dejé el bolso sobre el sofá y después de otro vaso de agua, me tiré sobre la cama. No tenía pendientes en la oficina; nadie sabía lo que podía deparar un nuevo día.

CAPÍTULO 2

Sarah

Rocié perfume en mis muñecas y arrugué la nariz: me ardía la piel. Tenía las huellas de sus dedos en mi cuello, a pesar de la luz, podía verlas a través del espejo. La exquisita sensación de dolor entre mis piernas; evidencias irrefutables de la noche anterior.

Con la sonrisa de oreja a oreja, me sentía como una adolescente; era mejor que seguir pegada a la culpa, el remordimiento y la confusión. Una vez más, Grant lo había logrado. Se había metido profundo debajo de mi piel, despojándome de todos mis miedos. Una vez más, me redujo a sensaciones en estado crudo, a emociones primarias y reacciones binarias.

Solo pensar en aquel arresto y en cómo apreté el gatillo me provocaba escalofríos. Volví a pestañear, tratando de contener la lágrima que amenazaba con escapar. Mi reacción frente a Harvey, el sospechoso, fue desmesurada. Tenía buena puntería y le di con el primer disparo. Sin embargo, con la adrenalina en las nubes, no me detuve hasta que le vacié el cargador en el pecho. Nunca había matado a nadie, ni siquiera en defensa propia, a pesar de mi línea de trabajo. La decepción en los ojos del capitán Philips fue más que suficiente. Después de que los agentes encargados agarraran a sus cómplices y metieran el cuerpo en una bolsa negra para llevarlo a la morgue, me excusé y me salté todos los protocolos, cuando caminé a paso rápido hacia mi coche.

Mi primer impulso fue correr, tratando de recordar cuántos segundos debía retener el aire. Me decidí por tres, seguí el ritmo hasta que, con la frente en alto, le hice un gesto de despedida a uno de los oficiales que me miró con el ceño fruncido mientras aseguraba la escena con cinta amarilla.

Llamé a Grant después de estacionarme en el centro comercial que estaba a tres calles. Si no hacía algo, caería en la espiral. Llevaba años sin pesadillas; todavía tiritaba

con el fresco recuerdo de estar frente al cuerpo de Harvey con las manos sudorosas y mi arma descargada. Me sentí, de nuevo, como aquella niña desolada y sin respuestas.

El alivio que hallé al escuchar su voz fue instantáneo. Que no hiciera preguntas fue aún mejor. Si fue, o no, capaz de oír mi voz temblorosa, no fue tema de conversación, solo me confirmó la hora y el lugar; cuando llegué al hotel, me estaba esperando. Nuestro acuerdo tácito de confidencialidad venía de la mano de la confianza profesional y del respeto. Sabía quién era yo, sabía quién era él. El problema era que desconocerme a mí misma no era parte del trato. Mi nombre era sinónimo de destacada trayectoria, impecable hoja de vida, excelente profesional y, aunque a veces fría, intachable. Atrás quedaron las noches en que respirar era mi preocupación, le había perdido el miedo a las sombras; sin embargo, la adrenalina envenenada por el pánico todavía no se diluía por mis venas.

De manera inexplicable para mí, como una cobarde, evadí mis responsabilidades al dejar la escena. Después, y con la excusa barata de que tenía que llegar temprano a la oficina, abandoné a Grant en medio de la noche. Sí, definitivamente, una cobarde.

«Ahora y sin lamentos». Fue lo que repetí al mirarme en el espejo por última vez mientras terminaba de maquillarme para ir a trabajar. Me apliqué una fina capa de brillo en los labios y salí del baño. Revisé mis bolsillos: el móvil, mis documentos, mi placa y mi arma de servicio; todo estaba en su lugar. Con las llaves en la mano y la mochila en la que cargaba, no solo el portátil, apreté el botón desde el desolado pasillo. Habían renovado el edificio poco antes de que me mudara al apartamento, pero no cambiaron el ascensor y tardaba una eternidad.

En la oficina todo se movía igual. La chica de la recepción me miró con la misma sonrisa. Ryan Porter, Benjamin Jackson y Lana Norris, mis colegas de equipo, tenían la cabeza metida en sus propios asuntos; el capitán hablaba por teléfono, podía escuchar su voz grave, incluso con la puerta cerrada.

—Buenos días —saludé. Nadie levantó la vista, pero recibí algunos «hola», «buenos días», y «¿cómo estás?».

—¿Dormiste bien? —me preguntó Lana, que se sentaba en el escritorio frente a mí.

—Sí, ¿por qué?

—Te ves cansada —comentó con una sonrisa maliciosa, como si supiera a qué me había dedicado en las últimas horas.

—Dormí bien, gracias. —Como no preguntó, no tenía nada que confirmar. Como buena agente de campo, era silenciosa, a pesar de que usaba tacones. Hacía unos meses me había pillado contestándole un mensaje a Grant, se las arregló para ver mi respuesta leyendo por encima de mi hombro.

—Mierda —resopló Benjamin Jackson, el agente que había coordinado el allanamiento al complejo donde encontramos a Harvey—. Necesito ir a casa a darme una ducha.

Levanté una ceja y Lana, que solía ser mi cómplice, negó con la cabeza. No necesitaba explicaciones, de seguro, no solo Jackson había pasado la noche trabajando para enmendar, si es que tenía arreglo, el inmenso error que yo había cometido.

—¿A qué hora dijo el capitán? —preguntó mirando su reloj.

—No dijo —contestó Ryan, que se sentaba frente a él—. Iré por un café, ¿te traigo uno?

—Esa mierda no es café; me da acidez estomacal, prefiero una energética. —Se

pasó las manos por la cara—. Necesito más que cafeína, y directo a la vena.

Me senté y saqué el portátil, tenía que llenar el informe con mi versión de los hechos. La declaración era protocolo; aunque Ryan y Lana hubieran sido testigos, era parte del reglamento. Para que no se notara que había estado moviendo la pierna, respiré profundo mientras esperaba que apareciera la imagen en la pantalla. Ingresé mi clave en el sistema con las manos temblorosas, cerré los puños y esperé.

—Lleva un genio de perros —susurró Lana, que miraba a Jackson, que se apretaba los ojos con los dedos.

—No es mucho lo que puede hacer —dijo Ryan cuando se acercó a nosotras antes de ir a la máquina expendedora—. No es que le hayas dejado muchas opciones, ¿verdad, agente Morgan?

—¿Disculpa? —contesté y crucé los brazos sobre mi pecho—. ¿Y tú, dónde estabas? Porque si no recuerdo mal, no cuidabas tu puesto. Si lo hubieras hecho...

—Basta, chicos —interrumpió Lana—. Es suficiente, lo último que necesitamos es discutir entre nosotros.

—Suerte con Jackson —contestó Ryan y caminó hacia el pasillo.

Nuestros cubículos estaban en la zona oeste del edificio. La planta abierta dejaba poco espacio para discusiones privadas. Los asuntos de importancia se discutían en la sala de reuniones, los confidenciales en la oficina del capitán, no había lugar para cuestiones personales. En general, éramos un equipo cohesionado, pero cada uno aportaba su propia carga eléctrica cuando se trataba de debates y controversias. Teníamos experiencias diferentes, lo que hacía que fuéramos eficientes; sin embargo, ninguno de nosotros era de los que se guardaba opiniones a la hora de descubrir los hechos. A excepción de Ryan y yo, que partimos en *Crimen Organizado y Drogas*, todos venían de otras divisiones. Lana pidió el cambio desde *Apoyo Operacional* cuando se divorció y Benjamin, fue transferido para llenar el cupo que quedó tras la muerte del agente Robinson.

El capitán salió de su oficina con la frente arrugada y los ojos inyectados. Se había llevado una mano a la cintura y con la otra se refregaba los ojos sin ningún cuidado.

—En diez minutos en la sala de reuniones —suspiró y nos buscó con la mirada—. Iré a por un café.

Cerró la puerta de su oficina tras él y caminó, prácticamente, arrastrando los pies por el pasillo.

—Va a estar pesado, lo preveo.

—No hay que ser adivina para eso —reclamé. Lana no merecía mi mal genio, pero necesitaba energía para disimular el torbellino que comenzaba a formarse en mi pecho.

—Vamos, cariño, —Sonrió—, cuido tus seis, no te preocupes. —Me guiñó un ojo.

Las cortinas de la sala eran automáticas; estaban descompuestas y la luz cegadora rebotaba en los vidrios como si fueran espejos.

—Muy bien —comenzó el capitán—. El asunto con lo de Harvey es el siguiente: alguien le sopló que íbamos en camino; hasta el momento, no han encontrado más huellas que las suyas. Su equipo de limpieza hizo demasiado bien el trabajo. —Estaba sentado en la cabecera y, con el pulgar, jugaba con el anillo de oro que tenía en la mano izquierda.

—Es ridículo —interrumpió Lana—, vimos dos coches.

—Pero solo los vimos salir —aclaró con voz grave.

—No tiene sentido —agregué y, con el dedo índice, di dos golpecitos en la mesa.

—Había gente con él, estoy seguro.

—Es lo que estoy diciendo, Jackson — interrumpió el capitán—, no sabemos cuánto tiempo estuvieron ahí. El punto es que solo había evidencia de consumo de drogas, y la cantidad de dinero en efectivo que tenía, con suerte, nos servirá para acusarlo de microtráfico. Un kilo de cocaína, por pura que sea... —negó con la cabeza—, no es suficiente. Conseguir la orden para vigilar el complejo fue muy difícil. —Miró a Jackson con el ceño fruncido—. Le di mi palabra al juez de que conseguiríamos pruebas, y mira... —Se había inclinado y, con los codos sobre la mesa, apuntaba con el dedo—. No soy un mentiroso; sin embargo... ¿Cómo crees que me deja esto?

—Capitán, con el debido respeto...

—No he terminado —dijo con un gruñido—. Harvey estaba preparado... —Apretó el puño—, tiene un soplón, y estoy seguro de que es de nuestro departamento.

—Con el dedo índice pegó en la mesa.

—Claro, y por culpa de tu amiga, ahora no vamos a poder interrogarlo —le susurró Jackson a Lana.

—¡Ey! —chilló Lana.

—¿Algo más que agregar, agente Jackson? —preguntó el capitán levantando una ceja.

—No, señor —negó con la cabeza y dejó caer la mano empuñada sobre la mesa.

—Eso es todo por ahora. Jackson, Morris y Porter, a casa a descansar; los forenses siguen trabajando en la escena. —Con un movimiento de cabeza les mostró dónde estaba la puerta—. Pero usted, Agente Morgan, no.

CAPÍTULO 3

Grant

Trabajar para GBS tenía sus beneficios; el apartamento era uno de ellos. Llevaba tres años viviendo en el edificio, no podía quejarme. Era más grande y lujoso que lo que yo habría escogido si fuera quien pagara la renta. Siempre había algún coche disponible, organizábamos nuestros propios horarios, para todo contábamos con lo último en tecnología, incluyendo el gimnasio, que estaba perfectamente equipado.

Eran casi las siete cuando terminé con mi rutina, estirar los brazos era lo que más me costaba. Mi hombro izquierdo, con suerte, servía para cargar las bolsas de la compra de la semana. Después de dos cirugías bastante invasivas en menos de ocho meses, a pesar de que el cirujano hizo un excelente trabajo y llevaba tiempo entrenando, no podía sostener mi peso en un brazo. No pretendía comentarlo, pero eso no lo hacía menos complicado.

Knox Gibson, mi jefe, y dueño de Gibson Brothers Security, GBS, tenía en sus prioridades entregarnos no solo las

herramientas, sino también, todos los cuidados médicos que necesitáramos. En mi caso, particularmente, se lo había tomado muy en serio. A pesar de que no me cansaba de recordarle de que era parte del trabajo, se sentía responsable porque salí herido dos veces en menos de un año, en operaciones que involucraban a miembros de su familia.

Lily, su esposa, nada tuvo que ver con la bala que recibí en el hombro cuando fuimos tras la mujer que la había incriminado y que trataba de asesinarla. Tampoco Matt, su sobrino.

Lo que sucedió después fue lo que llevó la historia a otro nivel. Me trasladaron en la parte trasera de un coche con una capucha en la cabeza y atado de pies y manos. Cuando llegamos a nuestro destino, y como si fuera un animal, me encadenaron y metieron en un calabozo que parecía una jaula; me colgaron de los brazos a una de las vigas y utilizaron creativas técnicas para exigir respuestas.

Cuando llegué vi que, como la mía, había otras cuatro jaulas, y en cada una, una chica. Ninguna de ellas estaba ahí por su voluntad, ninguna de ellas tenía más de veinte años, y ninguna, se había apuntado para las atrocidades que habían tenido que aguantar.

Tuve poco tiempo para asegurarles que las sacaríamos de ahí, estaba seguro de que irían a por mí.

Las costillas rotas y la luxación en el hombro fueron lo de menos cuando recuperé el sentido. Los hombres de Black Blake estuvieron a punto de matarme. Caí inconsciente tantas veces que perdí la noción del tiempo. Volví a respirar cuando sentí que Killian, el experto en operaciones especiales de GBS y hermano gemelo de mi jefe, me bajaba del gancho al que seguía esposado. Fueron menos de veinticuatro horas; liberaron a las chicas y esperaron a que llegaran los paramédicos. Después de las atenciones básicas, se las llevaron al hospital en ambulancias; una de ellas iba en una bolsa negra.

—¿Todavía te duele? —me preguntó Murphy.

—¿Qué?

—Y no me mientas. —Cruzó los brazos contra su pecho.

Lo fulminé con la mirada. Sebastian Murphy era mi mejor amigo y el médico de GBS. Como si no fuera poco, había sido médico en el cuerpo de Marines, por lo que tenía más experiencia que nadie en

identificar a soldados heridos, clasificar la gravedad de sus lesiones, decidir el tratamiento adecuado y todo, en cuestión de segundos. Como tantas veces en el campo de batalla, Murphy me miró de arriba abajo y con los ojos escaneó mi cara, mi cuello, mi hombro y siguió hasta mi mano.

—Has perdido movilidad, ¿verdad? —No disimulé las ganas que tenía de matarlo—. ¿Grant? —insistió.

—Si ya sabes la respuesta, —Cogí una de las mancuernas—, ¿para qué mierda preguntas?

—¡Ey! No es conmigo con quien tienes que estar enojado. —Levantó las manos—. Estoy tratando de ser tan respetuoso como puedo.

—¿En serio?

—En serio, Grant. —Se acercó a la barra y comenzó a ponerle los discos. Como siempre, me paré a su lado después de que se acostó en la banca y se puso en posición—. No voy a decirte lo que debes hacer —comenzó y levantó la barra—. Tampoco me siento ofendido porque prefieras tratarte con los especialistas del hospital Central.

—No te creo.

—Como quieras, sabes que no me importa. —Sebastian Murphy era cualquier

cosa menos un egocéntrico—. Pero me quedaría más tranquilo si hablaras de nuevo con Craig.

—Sabes que no tiene arreglo, ¿a quién queremos engañar? —Me encogí de hombros—. Cuidado, ienderezá la muñeca! —gruñí. Levanté la barra cuando estuve a punto de darse con ella en la cabeza.

—Mierda.

—Agárrala desde aquí —indiqué la parte lisa; Murphy puso los ojos en blanco.

—De todos modos, —retomó el ejercicio y la conversación—, deberías considerar lo último que te dije.

—No.

—Knox se va a enterar tarde o temprano.

—Por tu bien, —Agarré la barra y la puse en su lugar. Murphy se sentó en la banca y cogió la botella de agua—, recomiendo que cierres la boca. —Se secó el sudor de la frente.

—Dime una cosa... —Me miró—. ¿Qué vas a hacer la próxima vez que te pida que subas al tejado en vez de Harrison o Kill?

Sabía a qué se refería. Por lo general, eran ellos los que ocupaban la posición. Sin embargo, si era necesario, era yo quien los relevaba. En mis condiciones, mi

rendimiento sería deficiente si es que no, absolutamente, inservible. El problema no era disparar una ráfaga durante una escaramuza; pero inmóvil, con más de 10 kilos pegados al hombro, era un riesgo. Lo honesto, lo correcto, lo profesional... era revelarlo. Respiré y conté hasta tres.

Como solíamos dejar los teléfonos en una mesa lateral y ambos volteamos cuando oímos el sonido de nuevos mensajes. Vibraron al mismo tiempo; seguramente, alguien convocaba a todo el equipo.

—¿Quién es? —preguntó Murphy cuando me vio coger el móvil; terminaba una serie de dominadas.

—Carter; nos espera en media hora en la sala de mandos.

—En la sala de mandos?

—Me voy a la ducha, te veo allá.

Me despedí de Murphy alzando una mano y subí a mi apartamento.

Dejé que el agua cayera directamente en mi espalda, me quemaba la piel y aliviaba la tensión en mi hombro. Con un vaso de agua fría me tragué un ibuprofeno y, después de elongar un par de veces más, me abroché la camisa.

Cogí el móvil, la llave, guardé mi *Glock* en la funda y me subí al ascensor.

La sala de mandos estaba en el segundo subterráneo, contaba con una excelente iluminación y no tenía ventanas. Con tecnología de última generación y cómodos sofás, se convertía en la *baticueva* cuando era el centro de operaciones cada vez que trabajábamos en maniobras complejas.

Noah Carter era el segundo de abordo; la información pasaba por sus manos, coordinaba con las autoridades cuando había operaciones conjuntas, y solía ser la voz de la razón cuando las cosas se descontrolaban.

—Buen día —saludé.

—¿Todo bien? —me preguntó Carter.

—Sí... ¿Por qué? —Murphy era un médico experimentado; de alguna manera, detectar a soldados heridos era parte de su trabajo; ¿pero Carter?

—Te ves cansado. —Cruzó los brazos sobre su pecho.

—Oh... no es nada.

—Mmm... —murmuró Will, nuestro *hacker*, que levantó una ceja con una sonrisa socarrona mientras tecleaba como un maníaco.

Will era el mago de la información, lo sabía todo. Tenía acceso a las cámaras del edificio, se conectaba en un abrir y cerrar de ojos a las cámaras de la ciudad, a cualquier sistema, conocido o no y, todo, ilegalmente, por supuesto. Daba lo mismo lo que fuera; si había dejado algún rastro *online*, él lo encontraría. En sus horas libres se dedicaba a programar nuevas aplicaciones para indagar en las profundidades de la *Dark Web* sin dejar rastros. Nadie preguntaba de dónde ni cómo conseguía lo que conseguía. Si alguno de nosotros llegaba a necesitar pasar la prueba del polígrafo, era mejor que siguiéramos en las sombras y disfrutáramos de la ignorancia. Probablemente, si le daba la gana, podría entregar un listado de lo que hacía cada uno, desde dónde estábamos, hasta nuestros movimientos bancarios. Como si fuera poco, era, de lejos, la persona más chismosa que había conocido.

—¿De qué se trata?

—Esperaremos a los demás —dijo Carter y se pasó una mano por el pelo, como si estuviera ordenando sus pensamientos tras cada respiro que daba.

En el equipo cada uno tenía su rol; el mío era manejar las crisis, hacerme cargo de las

emergencias. Cuando alguno de nuestros clientes se metía en problemas, era mi trabajo definir cómo solucionarlos si tenían arreglo; resolverlos o encontrar otra manera. «*The fixer*», así me llamaban.

Murphy se sentó a mi lado, miró a Carter y a Will de arriba abajo y frunció el ceño. Como yo, también había notado algo raro en el ambiente.

—¿Y? —me susurró; negué con la cabeza—. ¿Nada?

—No te preocupes, faltan cinco minutos.

Capítulo 4

Sarah

El capitán Philips era el más joven de la oficina federal en un cargo como ese. Su carrera había sido meteórica, se había hecho un nombre en los bajos mundos por haber agarrado a varios cabecillas de importantes cárteles. Aunque para algunos, sus tácticas eran cuestionables porque era arriesgado y, en más de una ocasión, había tomado decisiones que pudieron costarle la carrera; nadie le discutía.

No era muy elocuente, pero sí, certero; seguía sus instintos antes que los protocolos; nos parecíamos en eso.

—¿Cómo está, agente Morgan?

—Bien, capitán, gracias —contesté, con la espalda recta y la frente en alto.

—No me gustan los rodeos, Sarah, ¿puedo llamarle, Sarah?

—Sí.

—Bien. —Tenía las manos sobre la mesa y no dejaba de jugar con su argolla de matrimonio—. Escuche, lo que sucedió anoche podría haberle pasado a cualquiera. Si un sospechoso levanta un arma, y la advertencia es hecha en tiempo y forma, el

disparo está justificado. —Abrió una carpeta, pero no miró el contenido—. Los agentes: Norris y Porter, ya entregaron sus informes y concuerdan entre sí; respaldarán su versión de la historia.

—Rellenaré el mío en cuanto termine esta reunión —aseguré.

—Ese, Sarah, es uno de mis puntos. Lo que sucedió después, —Con el dedo dio un golpe en el escritorio—, es impresentable.

—Lo siento, Capitán.

—Sabe, tan bien como yo, que el protocolo es levantar una investigación cada vez que hay un enfrentamiento. —Fruncía el ceño—. Sin embargo, el informe preliminar de los funcionarios de esta oficina debe ser presentado dentro de las primeras veinticuatro horas.

—Lo sé... —Levantó una ceja.

—Lo sabe —repitió—. Lo sabe... —negó con la cabeza—. Porque no recuerdo haberla liberado de sus funciones como para que se largara de la escena, Sarah.

—Pero, Capitán, pensé que...

—No me interesa saber qué estaba pensando. Anoche había asuntos más importantes que regañar a uno de mis agentes delante de la policía y los

paramédicos. Los trapos sucios se lavan en casa, ¿sabía eso?

—Disculpe, Capitán, pero no ha vencido el plazo para que entregue mi declaración. Lana y Ryan estaban en la escena y, como usted dijo, fueron testigos. No era necesario...

—Si me va a decir que no era necesario que usted, la que le disparó al sospechoso al que buscábamos, estuviera presente, ¡piénselo de nuevo! Harvey era una pieza clave para averiguar cuáles son los próximos pasos de los Grigoriev.

—Pero Jackson...

—Me da lo mismo lo que haya dicho Jackson, agente Morgan, perdimos el rastro, —El capitán apretó la mandíbula y respiró profundo—, y usted abandonó la escena. ¿Supongo que no tengo que pedirle que busque en el manual cuáles son los pasos después de un procedimiento, verdad? —agregó, con un tono que no solo arrojaba condescendencia.

—No, capitán. —Apreté los dientes y enderezé la espalda.

—Muy bien. —Con los dedos dio un par de golpecitos sobre la mesa—. Como sabe, la evaluación psicológica es parte de la

investigación, sobre todo en un caso como el suyo.

—Perdón, ¿un caso cómo el mío?

—Protocolo, Sarah, algo que usted decidió olvidar en el momento en que subió a su coche.

—Disculpe, capitán, yo...

—De acuerdo con su expediente, —El capitán me miraba, sin poner atención a los documentos que tenía frente a él—, de todos los años que lleva en la oficina federal, es la primera vez que en un acto de servicio muere un sujeto. —Tragué saliva cuando se me hizo un nudo en la garganta—. Eso es sorprendente, ¿sabía? De hecho, es la primera vez que veo algo así, que una agente con su experiencia nunca...

—Nunca fue necesario —interrumpí.

—Hasta ahora. —Me miró de arriba a abajo—. En nuestra línea de trabajo, siempre hay una primera vez.

Estaba comenzando a perder la paciencia, el capitán me regañaba como si fuera una chica rebelde, y era desesperante. Ciento, había dejado la escena, había quebrado las reglas, pero ya era suficiente.

—¿Su punto? —agregué con las manos empuñadas.

—Falló en dos tiros, el cuerpo tenía trece balas, agente. —Cruzó las manos sobre la mesa—. Las otras dos estaban a centímetros de su cara. Los del departamento forense han incluido eso en el reporte.

—Oh... ya veo. —Apreté los dientes.

—En circunstancias normales, usted podría disfrutar de un merecido descanso mientras se efectúa la evaluación psicológica. Sin embargo, será derivada a una especialista que trabaja fuera de la oficina federal. Es ella quien determinará el curso de este asunto. —Cerró la carpeta—. Está suspendida, Sarah.

—Capitán... yo...

—Escúcheme con atención. Siempre seré el primero en defender a mi gente, pero tienen que estar tan dispuestos como yo a caminar por la plancha si es necesario. —Se levantó—. Si tengo que desafiar al sistema, no dudaré en hacerlo, pero mis agentes deben tener la cabeza clara y bien puesta. A mí me da igual que hayan sido una o quince balas, Dios sabe que esos animales se lo merecen, pero usted no estuvo a la altura y en el maldito manual hay normas que, ni siquiera yo, puedo saltarme —dijo con voz grave—, y usted, Sarah, se las saltó todas.

—¡Capitán! —La situación se estaba saliendo de control.

—Está suspendida. —Estiró la mano con la palma hacia arriba—. Su placa y su arma de servicio, por favor.

—¿Estoy suspendida?

—Por todo el tiempo que dure la investigación.

—Pero...

—No voy a repetirlo, Sarah. —Con los dientes apretados, aunque con la cabeza en alto, le entregué mi placa y mi *Glock*—. La doctora Ward es una excelente psiquiatra, sin duda le será de gran ayuda.

—¿Disculpe?

—Ahora, —Estiró la mano de nuevo—, no voy a repetirlo, Sarah. Puede irse cuando termine el informe.

—Entiendo. —No iba a seguir discutiendo, había perdido la batalla.

—Muy bien —dijo como si nada—. Pediré que le envíen los datos por correo electrónico; podrá coordinar su visita directamente con la doctora. No le gusta trabajar con asistentes, prefiere manejar su propia agenda.

Asentí después de que el capitán cerró la carpeta, nos levantamos y salimos juntos de la sala.

Consciente de que la cafetería era una mejor opción que la máquina expendedora, caminé por el pasillo y esperé, con la paciencia que no tenía, a que llegara el ascensor.

Volví a ingresar mi clave en el sistema y comencé: fecha, lugar, tipo de operativo, nombre y rango e identificación del arma; perfecto. Me salté la casilla que decía: estado físico y emocional del agente, y rellené la hoja con la descripción completa de los hechos, el motivo del disparo y el comportamiento del sospechoso. Cuando pinché guardar y continuar, la página se detuvo y me llevó de regreso a: estado físico y emocional del agente. Respiré profundo, la presión que sentía en el pecho era extenuante, tenía que apurarme. Volví atrás.

Estado físico y emocional del agente: Perfecto estado de salud, sin heridas ni contusiones. No presenta dificultades cognitivas ni de audición. En completo control, el agente utiliza lenguaje apropiado, en tono y forma, para advertir al sujeto...

El cursor se movía; seguía en blanco. Me sentía como si estuviera rellenando el recuadro con mentiras. Lana tendría que ayudarme, había oído mil veces sobre esos expedientes, pero no sabía qué nivel de detalles ni qué información específica debía poner. No tenía idea de qué estaba haciendo y, por primera vez en mi vida, sentía que no tenía que ver solo con mi trabajo.

El correo electrónico firmado por recursos humanos llegó antes de lo esperado. Respiré profundo cuando vi que eran los datos de la psiquiatra, que tenía el poder para definir si debía o no volver a mi trabajo; si eran necesarias sesiones de terapia o días de licencia obligatoria.

—Buenos días, con la doctora Ward, por favor —dije con la voz firme, cuando me contestaron el teléfono.

—Soy yo. —Su voz era suave y calmante.

—Mi nombre es Sarah Morgan —comencé—, del departamento de...

—Sé quién es, agente —interrumpió—, imagino que llama para coordinar su cita.

—Así es.

—Muy bien... —Dejó el teléfono, oí ruidos en el fondo. Recién a los dos minutos volví a escuchar su voz—. Hice algunos ajustes para

recibirla hoy a las once de la mañana, ¿le viene bien?

—¿Las once de hoy? —pregunté; me sentí estúpida, podía oír una sonrisa en su voz.

—Así es, agente, a las once de hoy — contestó con la voz suave—. El capitán Philips me dijo que era urgente.

—Eh... sí... —Mordisqueé el lápiz que tenía en el escritorio—. Es urgente.

—Perfecto, ¿tiene la dirección?

—Sí.

—Muy bien, agente Morgan, la espero.

—Gracias, doctora Ward. —Miré la hora en el reloj de la pared, las 10:27 h.

Capítulo 5

Grant

Will y Carter estaban al lado de la pantalla principal, al fondo de la sala. Frente a mí, Esteban, nuestro experto en idiomas y análisis de lenguaje, se apretaba la sien con los dedos. Harrison, el especialista en armas y adquisiciones de GBS, y que estaba a su izquierda, miraba a Carter con el ceño fruncido. Killian, sentado en la esquina, figuraba con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla y los ojos cerrados. Faltaban Knox y Connor, nuestro abogado.

Levanté la vista cuando vi entrar a mi jefe. En la mano traía carpetas que, a todas luces, eran documentos confidenciales; Connor, tras él, cargaba una bandeja con sándwiches.

—Buenos días, señores... Para aquellos que se saltaron el desayuno. —Avanzó hacia la mesa que estaba al lado del frigorífico de la esquina—. Aquí tienen, cortesía de la casa.

Había café caliente que Murphy acababa de preparar. Connor se sirvió una taza y, tras sentarse a la derecha de Esteban, se aclaró la garganta.

Carter asintió después de que Knox le diera una señal alzando la cabeza.

—El caso judicial de Leo Simon terminó cuando lo declararon culpable de: narcotráfico, homicidio y secuestro —comenzó, como si con eso nos estuviera leyendo el reporte del tiempo—. Se le imputaron otros asuntos que quedaron en el registro como agravantes, lo que dio como resultado una pena de treinta años.

—Con la posibilidad de pedir reducción de sentencia por buena conducta o libertad condicional a los veinticinco —aclaró Knox.

—Sí, y solo si no se descubre nada más. Arriesga cadena perpetua si le encuentran algo, a menos que negocie un acuerdo con las autoridades —agregó Connor después de dejar su taza en la mesa.

—¿Algo así como entregar a Blake? —comenté.

—Así es —asintió Carter. Se sentó en el borde de la mesa y, con los brazos cruzados, le hizo una seña a Will con la cabeza.

La pantalla principal mostraba una serie de fotografías del juicio de Leo Simon, un narcotraficante de media monta que operaba en el barrio amarillo. En las imágenes aparecían: Kylie, la hermana

mayor de mi jefe, junto a su hijo, Matt. El chico se había hecho amigo de uno de los vendedores que manejaba Simon, involucrándose en un asunto de lavado de dinero cuando aceptó hacerle un favor. El adolescente fue el último en enterarse de que era el titular de algunas de las cuentas bancarias en las que Simon blanqueaba su dinero. Cuando se negó a colaborar, lo golpearon e intentaron secuestrarlo. Como si con eso no hubiera tenido suficiente, su madre recibió dos puñaladas y sufrió una contusión cuando fue atacada en la calle, a dos manzanas del colegio. Afortunadamente, Carter, que para entonces ya era su prometido, los acompañó durante el proceso judicial. Fueron las últimas dos fotos las que hicieron que me hirviera la sangre. El de la cara llena de cortes y moretones con el brazo enyesado y el labio partido, era yo; no mi mejor momento.

—¿Y? —preguntó Killian, levantando una ceja. Su gemelo cruzó los brazos contra su pecho y le devolvió la mirada.

—Espera y verás.

—No hemos dejado de monitorear el asunto; no puedo decir lo mismo de los federales —continuó Carter, negando con la

cabeza—. El dinero que había en el banco, a nombre de Matt, fue decomisado por el FBI.

—Pero nadie cerró las cuentas —aclaró Knox, parado con la espalda recta y los brazos cruzados contra su pecho.

—Y una de ellas sigue a nombre de Matt, y antes de ayer, hubo una transferencia de cuatro millones desde Ginebra —prosiguió Carter, que apoyó las dos manos sobre la mesa.

—¿Ginebra? —pregunté—. Eso es nuevo... —asintió—. Las transferencias que pudimos rastrear venían todas desde el Caribe, ¿verdad, Will?

—*Sí* —contestó nuestro *hacker*.

—¿Entonces? —preguntó Killian.

—Hay un cambio de patrón —respondió Will, mordiéndose el labio.

—A qué te refieres?

—Ha entrado un nuevo jugador al tablero —agregué con certeza.

—Y Black Blake está a punto de salir de su cueva —aseguró Connor.

—Son suposiciones, nada más. —Esteban cruzó las manos sobre la mesa—. Necesitamos datos concretos.

—Desde ayer estoy corriendo con las bases de Interpol —contestó Will—. Si vuelve a aparecer, lo encontraré. Desde que

dejó que Simon se hundiera con el barco, se ha mantenido fuera del radar. Si regresa, daré con él. Esta ciudad no es tan grande, no tiene tanto espacio para esconderse. —Hizo sonar los nudillos y apretó dos teclas—. Estamos en línea con los aeropuertos internacionales.

—No te puedes fiar de eso —interrumpió Connor—. Si entra por alguna ruta ilegal, no tendrás cómo pillarlo.

—Amigo mío —dijo Will con una sonrisa socarrona—, nunca dudes de la magia que hay en las cámaras de la ciudad; la gente tiende a menospreciar su poder.

Murphy me dio un codazo y, con la vista, apuntó hacia mis manos cruzadas bajo la mesa y mis nudillos blancos.

—¿Entonces? —preguntó Killian y se pasó las manos por la cara—. Supongo que nos llamaste para algo más que para contarnos sobre suposiciones infundadas. —Will alzó la vista y frunció el ceño—. Ve al grano, ¿quieres?

—Después del juicio pensé que Simon correría peligro tras las rejas —aclaró Carter—, asumo que no haber delatado a nadie le ha salvado el pellejo. No es tonto, de hecho, si no hubiese sido porque nos

involucramos, pues Matt era el centro de atención, dudo que el FBI hubiese podido detenerle.

—Vamos, Carter, no les des el crédito que no tienen —interrumpió Will—. Si no hubiese sido por nosotros, todavía estarían dando palos de ciego... Robinson fue el que se llevó los aplausos, después de todo.

—¿Qué prefieres, una carita feliz o una pegatina con cinco estrellitas? —reclamó Killian—. Conoces las reglas, Will.

—Vale, vale... —Mostró las palmas en señal de rendición.

—Para que Blake esté dispuesto a salir de su escondite... —Carter negó con la cabeza y suspiró—. No es la clase de hombre que visita a sus amigos.

—No tiene amigos —agregó Will.

—¿Tu punto? —pregunté.

—Temo que quiera tomar represalias. —Knox respiró profundo y se llevó las manos a la cintura—. Leo Simon todavía no cumple un año en prisión. Hasta donde sabemos, no han tenido contacto desde que fue puesto en custodia policial antes del juicio, —Se encogió de hombros—, pero es lo que sabemos, no significa nada.

Jamás, ni siquiera cuando estaba en el cuerpo de Marines, tuve una reacción tan visceral frente a una noticia. Se me erizó la piel, la rigidez en mis puños subió hasta instalarse en mis hombros. Matt correría peligro, estaba seguro; no sería el único.

—Estaremos atentos —comenzó Knox—. Necesito voluntarios. Will ha programado una interfaz en el *software* de reconocimiento; no sirve si no nos enteramos en el momento.

—Yo —gruñí, fui el primero en alzar la mano.

—Yo —dijo Esteban, que imitó el movimiento.

—Yo —agregaron Harrison y Killian al mismo tiempo; Murphy, a mi lado, levantó el dedo índice.

—Me apunto. —Connor, con los brazos cruzados sobre su pecho, asintió con la cabeza.

—Bien. —Knox dio un golpe suave con el puño sobre la mesa—. Will coordinará los turnos. —Con la espalda recta, los brazos cruzados y las piernas ancladas al suelo paralelas a sus hombros, Knox se veía tan determinado como intimidante. Mi jefe era un buen tipo, un hombre inteligente y razonable, casi siempre; sin embargo, si las

amenazas se acercaban solo un poco a su familia, se convertía en una fiera.

—¿Dudas?

—¿Quién más lo sabe? —pregunté—. ¿Qué dijeron los del FBI?

—No estamos seguros de que estén enterados —contestó Carter y suspiró—, apostaría a que no. Sin embargo, no estamos en condiciones de revelar nada; no tenemos pruebas concretas...

—Tampoco legales —interrumpió Connor—. Ahora, si reciben una pista anónima, es más que suficiente.

—¿De nuevo? Dios santo —negué con la cabeza—, uno de estos días van a descubrir quién es su hada madrina y, ese día, estaremos en serios problemas.

—Hombre de poca fe —dijo Will con una sonrisa de oreja a oreja—. Hombre de poca fe.

—El punto es que no tenemos idea, no sabemos si tienen un caso abierto contra Blake, o peor, si tienen o no suficiente como para construir uno.

—¿Qué dicen del nuevo jugador? —Esteban se inclinó y, con las manos todavía cruzadas, apoyó los codos sobre la mesa.

—Hemos revisado todo lo que tenemos a la mano —comenzó Carter—. El cambio de

patrón es significativo. El FBI tenía a Blake en la mira porque era el responsable del asesinato de un senador; sin embargo, fueron los de la DEA los que lo ligaron a un cartel europeo. Si los nuevos jugadores se encuentran del otro lado del charco, tendremos encima a la CIA y, probablemente, también a Interpol.

—¡Puff! —resopló Esteban—, eso sí que sería una tragedia.

—Una de proporciones; la lucha de poder entre ellos será descarnada y ninguno estará de acuerdo con que estemos en el medio.

—¡Ja! —resopló Killian—. ¿Ninguno estará de acuerdo, en serio? Me sorprende que seas tan inocente, Carter.

—Escucha, Kill. Cuando Black Blake asome la cabeza, comenzará la cuenta regresiva —contestó con la voz grave, mirándolo fijamente a los ojos—. No pondré en riesgo ni a Matt ni a Kylie. ¿Entiendes? Y está, absolutamente fuera de la mesa, la opción de que venga por nosotros; nuestro trabajo es protegerlos y protegernos. —Apoyó las manos en la mesa y se inclinó, se desvaneció la paciencia que le caracterizaba—. Si hay un nuevo jugador en el tablero, lidiaremos con eso cuando llegue el momento. Me importa un carajo que se

apuñalen entre ellos, o que entre las diferentes agencias se peleen por quién llevará el tema. La lucha de poder será agotadora; no es nuestro problema.

—Black Blake es mío —susurré y Carter levantó una ceja.

—¿Qué dijiste, Grant?

—Black Blake y yo tenemos un ajuste de cuentas —aclaré.

—No, no, no... —interrumpió Knox—. Black Blake es de las autoridades, Grant. Lo encontraremos y, después, lo entregaremos.

—Claro, en bandeja de plata —reclamó Will.

—En bandeja de plata, atado de pies y manos, con un ojo morado, o como sea, cuando agarremos a Black Blake, se lo entregaremos al FBI.

—O a la DEA —agregó Connor.

—¡A quién sea, carajo! —gruñó Knox—. A quien sea —repitió más calmado—. No te quiero ver perdiendo el tiempo.

—Por supuesto —aseguré—, aunque te garantizo que no soy yo de quien debes preocuparte.

—¿De qué estás hablando?

—Yo? —sonréí—. Yo no tengo planes..., todavía, pero ¿Black Blake? —apunté a la pantalla—, estoy seguro de que él sí los tiene.